

Proceedings
OF THE
*Eighth American Scientific
Congress*

HELD IN WASHINGTON

May 10-18, 1940

Under the Auspices of
THE GOVERNMENT OF THE UNITED STATES OF AMERICA



VOLUME II
ANTHROPOLOGICAL SCIENCES

DEPARTMENT OF STATE
WASHINGTON
1942

This volume has been prepared and edited
in the Secretariat of the Eighth American
Scientific Congress, in collaboration with the
Division of International Conferences of the
Department of State

ALEXANDER WETMORE
Secretary General

PAUL H. OEHSE
Editor

ANDRÉ C. SIMONPIETRI
Assistant Editor

DOS NUEVAS GEMAS EN LA ARQUEOLOGÍA DE COSTA RICA

JORGE A. LINES

San José, Costa Rica

La arqueología de Costa Rica es conocida por los antropólogos, principalmente en términos de sus tres aspectos especializados, cada uno de estos, correspondiendo en sí, como exponente máximo de nuestras culturas materiales. Pequeña como es nuestra república, las investigaciones arqueológicas revelan que ésta fué sede hasta de tres grupos étnicos de distinta naturaleza, a saber: (1) el húetar, de filiación caribe-arawak, que estaba posesionado de toda la mitad oriental del territorio nacional; (2) el brunka, cuyo patrimonio se circunscribe a la mitad sud-occidental, sobre el litoral del Pacífico; y que allende del istmo se vinculaba con las naciones chibchas; (3) y finalmente el chorotega, rama meridional extrema de esta cultura, que habitaba el procurrente de Nicoya y las extensiones del noroeste.

Las expresiones teoculturales o las simplemente artísticas en que cada uno de estos tres grupos sobresale, es en las siguientes especializaciones; el húetar, en su imaginería lítica; el brunka, en sus joyeles de metalistería; y el chorotega, en su glíptica.

Recientemente he tenido la buena fortuna de acrecentar mi colección arqueológica con dos unidades, insignes en su línea, originarias de la provincia de Guanacaste, sede de la cultura chorotega en Costa Rica. La primera de estas, es un vaso cilíndrico esculpido en calcita, de idéntica factura a los exhumados en el Valle del Ulúa, en Honduras. La segunda, un pectoral de jadeíta, que representa un ídolo de los conocidos con el nombre de "babyface," semejante a los del horizonte olmeca en México.

Es la primera vez que se encuentran objetos de estos dos tipos específicos en nuestro país, de que yo tenga noticia. He hurgado infructuosamente en los vastos fondos del Museo Nacional y en algunas colecciones particulares, y revisado asimismo la bibliografía arqueológica, sin encontrar referencias a nada que sea comparable, ya previamente registrado.

Una somera consideración de estos dos nuevos hallazgos en Costa Rica, parecería indicar que ellos son exóticos en nuestra arqueología. Sin embargo, aunque su ocurrencia sea esporádica, espero poder mostrar que ambos objetos encajan perfectamente dentro de nuestro cuadro etnológico. Prescindo de relatar

los datos concernientes a las circunstancias del hallazgo y forma de enterramiento de ambos especímenes, aunque en extremo interesantes, por no prolongar innecesariamente estas notas.

EL VASO DE CALCITA

Nuestro vaso de calcita fué hallado en el vecindario de Nacascolo, en el mes de febrero de 1938, durante la exploración que hiciera un grupo de particulares, en un cementerio aborígen frente a la costa del Pacífico.

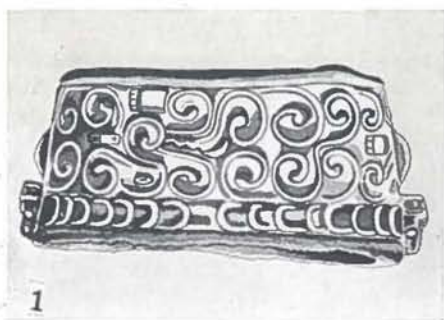
La forma del vaso es casi cilíndrica, como la gran mayoría de los de este grupo. En su base se advierten huellas de haber tenido originalmente tres pies, pero pareciere creíble que al romperse alguno de éstos, los restantes fueron recortados y sus bases finamente pulidas. El borde de la boca y el interior del vaso, se encuentran bastante corroídos, insinuando que hubiese éste sufrido una prolongada exposición a la acción de la intemperie, o el efecto de una meteorización. Sus dimensiones son como sigue: altura $9\frac{1}{2}$ centímetros; el diámetro, incluyendo ambas asas es de $20\frac{1}{2}$, sin éstas, $16\frac{1}{2}$; el espesor de las paredes, es de 9 milímetros aproximadamente, lo que les permite ser ligeramente translúcidas.

En lados opuestos ostenta este vaso dos asas iguales, que de modo impreciso representan un cuerpo completo de mono, en postura sedente, o el de un vampiro. Ambos costados están esculpidos en altos relieves que forman, en su parte superior, e imbricadas en un tercio de su superficie, una angosta banda semejante a escamas de córvalo; el resto del recuadro lo componen rasgos de espira, libremente ejecutados, en cuyo medio resaltan dos ojos, fauces y colmillos inoculadores de una serpiente, todo grandemente convencionalizado.

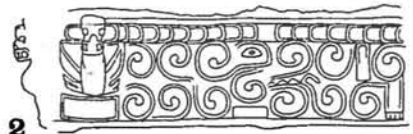
Hasta ahora, el escaso número existente de estos vasos, ha procedido del Valle del Ulúa, en Honduras, y todos ellos corresponden a un tipo definido: cilíndricos, con dos asas y pie anular alto o bien trípode. Hay pequeñas variantes tales como ser una sola asa, carencia de sustentáculos, inclinación de las paredes, variedad de alturas, etc. La decoración de volutas, como característica dominante, es común a la mayoría de ellos, y en algunos ejemplares se advierte la presencia adicional de una cara humana. Existe además una forma de vaso globular y otra de plato plano, en ejemplares únicos, ostensiblemente carentes de decoración.

Estos vasos han merecido los mayores elogios de parte de los críticos de arte, quienes los clasifican en un grupo de reconocido alto mérito. Su contorno, incluyendo asas de tan variadas formas, es de línea bien proporcionada. En cuanto a la ornamentación de los paneles laterales, cuajados de volutas, si bien en ocasiones pareciere estar sobrecargada, fué ésta ejecutada con maestría y tal delicadeza y suavidad de curvas, que no choca a la vista.

Tentativamente tan sola, quisiera insinuar su uso dentro del ritual chorotega,

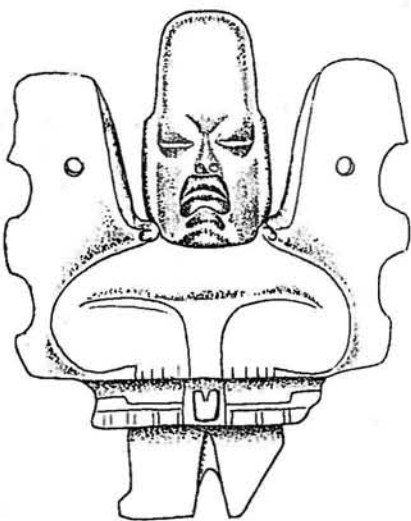


1



2

3



4

FIG. 1—Vaso de calcita hallado en Nacasclo, Costa Rica. Aspecto lateral que muestra ambas asas y un panel de decoración. FIG. 2—Vaso de calcita hallado en Nacasclo, Costa Rica. Desarrollo de ambos paneles de volutas. FIG. 3—Vaso de calcita hallado en Nacasclo, Costa Rica. A: Elevación. B: Planta. FIG. 4—Ídolo de facciones infantiles, hallado en Guanacaste, Costa Rica. Aspectos de perfil y de frente.

de relación íntima con las ceremonias del cruento sacrificio humano, como repositorio para el corazón vehemente de las víctimas.

EL ÍDOLO DE JADEÍTA

El ídolo de jadeíta al que se refieren estas notas fué encontrado a fines del año 1938, en un cementerio indígena en las faldas occidentales de la cordillera de Guanacaste. Esa zona es muy rica en material arqueológico tallado en piedras semipreciosas.

Nuestro ídolo está esculpido sobre una placa translúcida de jadeíta, de tenue color verde azulado, mineral usado con bastante frecuencia por los lapidarios chorotegas. La figura está presentada de pie, en su aspecto de estricta frontalidad. La cara es del tipo conocido generalmente con el nombre de "baby-face," la frente tiene una prolongación que puede indicar una deformación craneal; ambos brazos reposan sobre el abdomen, con los dedos extendidos y colgando hacia abajo; va cubierto el bajo vientre con un corto mandil inciso; y de sus espaldas parten dos proyecciones, a modo de alas. La figura es escorzada, como lo son casi todas las americanas, pues sus miembros y tórax aparecen evidentemente degradados, fuera de toda proporción normal respecto al tamaño de la cabeza. La placa tiene un total de 60 milímetros de altura, una envergadura de 48 y un espesor máximo de 13, toda ella cubierta de un magnífico pulimento vítreo.

El detalle más sobresaliente de esta placa es la estructura de la cara, del tipo ya mencionado de "baby-face," o sea de facciones infantiles, caracterizado por una boca de labios contorsionados. La expresión de la cara es manifiestamente la de un infante en la mejor euforia: carrillos rebosantes, boca de carnosos labios, gruesas encías aún desdentadas y ojos entrecerrados y nariz chata. A ambos lados de la cara, desde la sien al maxilar, tiene nuestro ídolo un saliente elongado que atestigua, al ser comparado con otros especímenes similares, que el conjunto de la cara infantil no es sino el de una careta, la cual para la celebración de especiales ritos, usara el oficiante. Más que la introducción de un tipo racial diferente, las facciones de los ídolos estos, revelan la delineación de algún ente mitológico o una nueva advocación de alguna de sus divinidades. La posición indolente de los brazos y manos le da ese expresivo gesto de serenidad y placidez, inherentes a un niño.

El mandil está adornado con incisiones geométricas. Como motivo central presenta éste un rectángulo con una escotadura en el costado superior, figura que también adorna de modo exactamente igual, otros dos ejemplares de este tipo, procedentes ellos de Necaxa y Guerrero. Esta decoración que a primera vista parece ser una simple repetición, pudiera ser un ideograma.

En cuanto al curioso aditamento dorsal, reminisciente del uso de alas, al modo de la interpretación en imágenes cristianas, éste es el primer espécimen

de "baby-face" que aparece con semejante agregado. No acertamos a descifrar su significado, pero éste es palpablemente de simbolismo ritual. Cada aleta tiene un pequeño agujero coniforme en la parte central superior y creo que éstos sirvieron para engastar alguna incrustación. Parécemelo así, pues ya en la parte dorsal la placa tiene otros dos taladros de perforación bicónica, como los tienen usualmente todos los colgantes.

La zona de distribución geográfica de estas figuras de "baby-face," abarca los actuales estados mexicanos de Veracruz, Oaxaca, Puebla, Guerrero, Chiapas y Yucatán, es decir, las antiguas regiones totonaca, zapoteca, mixteca y maya. Pero los extremos fronterizos de los olmecas, no se han localizado aún de modo definitivo. Ahora, merced a nuestro hallazgo del Guanacaste, se extiende esta zona de dispersión hasta incluir la región chorotega de Costa Rica, la más meridional perteneciente a este grupo.

En las formas usuales de presentación de estas esculturas, prevalecen los ídolos de cuerpo entero en redondo, las cabezas sueltas y las hachas votivas. Cabría identificar estos objetos dentro de tres grupos, en cuanto a sus usos: (1) en ídolos, para la adoración en templos y palacios; (2) en hachas ceremoniales, como requisitos pertinentes al culto; y (3) en colgantes pectorales suntuarios.

Además de ser una gema que simplemente adornara, por su valor intrínseco y belleza artística, el pecho de un opulento y poderoso jefe chorotega, creo posible que nuestro pectoral debió engalanar a uno de aquellos sabios hierofantes, conductores de tribus, como precioso distintivo del guardián de la arcanidad de este misterioso culto olmeca, en aquella postrimera provincia de Guanacaste. Y creo también posible que la masa del pueblo de aquel entonces contemplara esta joya con tanto embeleso como lo hacemos ahora nosotros, pero apenas, con tanta incomprensión, insensibles todos a su verdadero significado.

Este pequeño grupo escultórico de objetos "baby-face" pertenece, por sí, en una categoría de la más alta ejecutoria de las artes aborígenes. Todas sus muestras son exponentes de un perfeccionamiento avanzado en el arte glíptico, y es cosa de admirar como aquellos ignotos maestros pudieron producir con tan sutil sensibilidad, esa típica expresión infantil, usando apenas abrasivos e instrumentos primitivos, sobre materiales de la mayor dureza. Creo que quizás, para un moderno artista, limitándole taxativamente para intentar una reproducción similar, al uso de estos mismos materiales e instrumentos, sería el motivo de perplejidad y embarazo.

CONCLUSIONES

El año 1938 fué famoso arqueológicamente para Costa Rica, pues marca la fecha del hallazgo en este país de dos piezas maestras tan inusitadas como lo

son el vaso de calcita y el ídolo de facciones infantiles, que brevemente acabamos de describir. Ambos tipos de objetos, encontrados por primera vez en nuestro medio, son un eslabón más para definitivamente vincularnos con los antiguos centros de cultura del norte. Estos objetos pertenecen a grupos de extremado refinamiento e individualidad artística de los que se conocen apenas limitadísimos ejemplares, y son éstos de calidad tal, tanto en su belleza estética como en el significado esotérico que entrañan, que enaltecen la ingeniosidad de los habilidosos indígenas que los concibieron y ejecutaron.

Estoy convencido de que aún no se ha dicho la última palabra en cuanto a la calidad de hallazgos arqueológicos en Costa Rica, y creo que la región chorotega, densamente diseminada de cementerios, nos reserva sorpresas y revelaciones insospechadas, que serán la recompensa sublime del futuro investigador.

Respecto a los vasos de mármol del Ulúa, sabemos que pertenecen a un grupo localizado de artefactos, y que sus productores, fueron, decididamente, artifices chorotegas. La presencia de este vaso en Costa Rica no debe, pues, extrañarnos, y ella se justifica de lleno, porque nuestros chorotegas de Nicoya estaban íntimamente relacionados con sus hermanos de Honduras al través de una posesión continua de territorio. Los chorotegas dominaron la ancha faja de terreno interoceánico, que, comenzando en el Valle del Ulúa, descendía por el Yojoa hacia la Choluteca del Golfo de Fonseca, incluía toda la mitad occidental de Nicaragua hasta entroncar con la provincia de Guanacaste, y terminaba allí en la antigua Choluteca del Golfo de Nicoya.

Una de las culturas más pretéritas del continente y de las que menos conocimientos precisos tenemos, es la olmeca. En su historia chichimeca don Fernando de Alva Ixtlilxochitl, cronista hispano-tezcucano, afirma que los olmecas precedieron a los toltecas. Sabemos que el territorio que ocuparon se llamó el Nonoalco o Nonoulco, y que luego éste se ensanchó y correspondió aproximadamente a los estados del sur y del sureste de México; también se sabe que los olmecas fueron reputados como los propagadores del uso del hule, como su nombre mismo lo indica, y renombrados arqueológicamente por sus trabajos en jade y cerámica. Otro autor cronista contemporáneo cita una tribu olmeca, de tradiciones norteñas, como radicada en Nicaragua. Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés nos dice que los chorotegas de Nicoya y Nicaragua, de remota antigüedad, civilizadores primitivos de una vasta región, eran los verdaderos señores del lugar. Esta aserción indica que los chorotegas hacían alarde de su antigüedad y tal vez hasta se enorgullecían de sus progenitores, de una ascendencia olmeca. Todos estos datos regionales cobran mayor importancia después de nuestro hallazgo del ídolo infantil, pues vienen a corroborar la presunta ocupación de los olmecas en esa localidad.

Un erudito norteamericano, el doctor G. C. Vaillant, ha sugerido la idea

de la posibilidad de atribuir la paternidad de las esculturas de facciones infantiles, juntamente con otras de inmediata afinidad estilística, las máscaras de tigre y las cabezas platirrinas, a la poco conocida cultura olmeca. Por un proceso de eliminación se asume que los tipos arqueológicos característicos atribuidos a las tribus tolteca, azteca, zapoteca, totonaca y maya, que caen dentro de la zona de dispersión de los "baby-face," son ya definitivamente conocidos; no siéndolo así, sin embargo, estos extraños artefactos de los olmecas, que también habitaron esa misma zona, pero con cierta antelación. En consecuencia, se deduce que estos tipos antes mencionados, que se hallan esparcidos por toda esa extensa región, pueden muy bien haber sido producidos por los antiguos pobladores olmecas.

Permítaseme usar este mismo proceso de eliminación en Costa Rica, y tendremos: puesto que los tipos clásicos de ídolos de nuestros pueblos huetares, brunkas y chorotegas están ya distintamente clasificados, quedaría aquel recientemente hallado en un grupo aislado, dentro de la misma coincidencia de circunstancias de eliminación posibles, y sería perfectamente asignable a esa antigua y legendaria tribu olmeca. El hallazgo del pectoral de "baby-face," realizado en pleno territorio chorotega, nos faculta para suponer que los olmecas, a quienes se les atribuyen tan peregrinas esculturas, se extendieron hasta el Guanacaste, quizás su más lejana provincia, y nos da lugar a suponer que basada en aquella primitiva cultura, vino a desarrollarse y florecer luego otra posterior, la que ahora conocemos como la chorotega (xololteca), o mangué. Si tal fuere el caso, como lo creemos, entonces tampoco, por consiguiente, nuestro ídolo infantil podría tildarse de exótico o esporádico entre las reliquias arqueológicas de Costa Rica, sino que su presencia en el Guanacaste estaría plenamente justificada. Es de esperar que hallazgos posteriores confirmen estos asertos.

No deseo terminar estas sucintas notas, sin antes manifestar que no juzgamos el caso imaginario, y descartamos desde luego de lleno la posibilidad de aceptar que creaciones artísticas de tan sobresaliente importancia y reconocida paucidad, como lo son estas representaciones de facciones infantiles y los vasos del Ulúa, pudieran suponerse objetos comunes, susceptibles de canje. Más bien creemos que estas raras esculturas fueron exaltadas como preciosos legados, confiados con solicitud a la casta sacerdotal y aún muy celosamente guardadas y defendidas por sus depositarios.